

DENIS DIDEROT

CARTAS A
SOPHIE VOLLAND

EDICIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS
DE LAURENT VERSINI

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS
DE NÚRIA PETIT

BARCELONA 2010



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Lettres à Sophie Volland*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 1997 by Éditions Robert Laffont, colección Bouquins
© de la traducción, 2010 by Núria Petit Fontserè
© de esta edición, 2010 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

En la cubierta, detalle de *Diderot* (1840), grabado por Pierre Pelée
a partir de un dibujo de Félix Philippoteaux

ISBN: 978-84-92649-60-0
DEPÓSITO LEGAL: B. 29 399-2010

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *septiembre de 2010*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Viernes por la mañana, 10 de mayo de 1759

Ayer a las ocho salimos para Marly. Llegamos a las diez y media. Encargamos un gran almuerzo y nos desperdigamos por los jardines, donde lo que me sorprendió fue el contraste del arte exquisito en cenadores y bosquetes, y la naturaleza agreste en la masa frondosa de los árboles inmensos que los dominan y les sirven de fondo. Estas casitas separadas y semiocultas en el bosque parecen las moradas de geniecillos subalternos, con el amo de todos ocupando la de en medio. Eso da al conjunto un aire como de cuento de hadas que me gustó. En un jardín no ha de haber muchas estatuas, y en éste me parece que abundan demasiado. Las estatuas hay que verlas como seres que aman la soledad y que la buscan, como poetas, filósofos y enamorados, y éstos no son seres corrientes. Unas cuantas estatuas hermosas ocultas en los lugares más recónditos, lejos las unas de las otras, que me llamen, que vaya yo a buscar o que me salgan al paso, que me detengan y con las que pueda conversar un rato; nada más, con esto basta. Iba pasando por entre los objetos, errante y con ánimo melancólico. Los demás iban delante apretando el paso, y nosotros, el barón de Gleichen y yo, los seguíamos lentamente. Me sentía bien al lado de aquel hombre. Y es que los dos compartíamos un sentimiento secreto. Es increíble cómo las almas sensibles se entienden casi sin hablarse. Una palabra que se escapa, una distracción, una reflexión vaga y deslavazada, una nostalgia lejana, una expresión encubierta, el sonido de la voz, la manera de andar, la mirada, la atención, el silencio, todo es revelador de la una para la otra. Hablábamos poco, sentíamos mucho, sufríamos ambos, pero él era más de compadecer. Yo volvía de vez en cuando los ojos hacia la ciudad, los suyos a menudo se fijaban en la tierra; buscaban en ella un objeto que ya no

es de este mundo.¹ Llegamos a una estatua que me impresionó por la simplicidad, la fuerza y lo sublime de la idea. Es un centauro que lleva en la grupa a un niño. El niño acerca los deditos a la cabeza del feroz animal y lo guía tomándolo por un solo cabello. Es digno de verse el rostro del centauro, el gesto de la cabeza, la languidez de la expresión; su respeto por el niño déspota. Lo mira y se diría que no se atreve a dar un paso. Otra me complació más todavía; es un viejo fauno mirando con ternura a un recién nacido que tiene entre sus brazos. La estatua de Agripina bañándose no está a la altura de su reputación, o tal vez no estaba yo en el ángulo adecuado para juzgarla.

Dividimos nuestro paseo en dos. Recorrimos la parte de abajo antes de almorzar. Comimos todos con mucho apetito. Nuestro barón, el nuestro, estuvo alocado a más no poder. Es original en el tono y en las ideas. Figuraos a un sátiro alegre, descarado, lascivo y nervioso, en medio de un grupo de figuras castas, blandas y delicadas. Ése era él entre nosotros. No habría incomodado ni ofendido a mi Sophie, porque mi Sophie es hombre o mujer cuando le place. No habría ofendido ni incomodado a mi amigo Grimm, porque éste permite a la imaginación sus descarríos, y lo que se dice sólo le disgusta cuando está fuera de lugar. ¡Cuánto echamos de menos a ese amigo! ¡Qué dulce fue el intervalo durante la comida en que nuestras almas se abrieron y empezamos a describir y a ensalzar a nuestros amigos ausentes! ¡Qué calor en la expresión, en los sentimientos y en las ideas! ¡Qué entusiasmo! ¡Qué felices nos sentíamos al hablar de ellos! ¡Qué felices se hubieran sentido ellos al oírnos! Querido Grimm, ¿quién os repetirá mis palabras? Nuestro almuerzo se prolongó y no se hizo largo. Luego recorrimos la parte alta. Hice

¹ La margravina de Bayreuth, hermana de Federico II, de quien Gleichen era chambelán y a la cual estaba muy unido, murió el 14 de octubre de 1758.

observar que no hay aguas más hermosas que las que caen en cascada o las que fluyen, y que en ningún lugar de ese jardín las habían puesto. Hablamos de arte, de poesía, de filosofía y de amor; de la grandeza y vanidad de nuestras empresas; del sentimiento o del gusano de la inmortalidad; de los hombres, de los dioses y de los reyes; del espacio y del tiempo; de la muerte y de la vida. Era un concierto en medio del cual se hacían notar continuamente las palabras disonantes de nuestro barón. El viento que se levantaba y el atardecer que empezaba a refrescar nos hicieron volver al coche.

El barón de Gleichen ha viajado mucho. Él llevó el peso de la conversación durante la vuelta. Nos habló de los inquisidores del Estado de Venecia, que se debaten entre el confesor y el verdugo; de la barbarie de la corte de Sicilia, que entregó un carro triunfal antiguo, con sus bajorrelieves y sus caballos, a unos monjes que los fundieron para fabricar campanas. Esto surgió a propósito de la destrucción de una cascada de Marly cuyos mármoles decoran hoy las capillas de San Sulpicio. Yo hablé poco. Escuchaba o cavilaba. Nos apeamos entre las ocho y las nueve ante la puerta de nuestro amigo. Allí descansé hasta las diez.

He dormido por cansancio y por tristeza. Sí, amiga mía: y por tristeza. Veo el futuro muy negro. Vuestra madre tiene el alma sellada por los siete sellos del Apocalipsis. En la frente lleva escrito: *misterio*. Vi en Marly dos esfinges y me acordé de ella. Nos ha prometido, se ha prometido a sí misma, más de lo que puede cumplir. Pero me consuelo y vivo de la certeza de que nada podrá separar nuestras dos almas. Esto se ha dicho, se ha escrito, se ha jurado a menudo. Ojalá sea cierto, al menos una vez. Sophie, no será por mi culpa.

Monsieur de Saint-Lambert nos invita, al barón y a mí, a pasar una temporada en Epinay con Mme. d'Houdetot. Rechazo la invitación y hago bien, ¿no es cierto? Desdichado aquel que busca distracciones, porque las encontrará; se curará de su mal, y yo quiero que el mío persista hasta el

momento en que todo termina. Temo ir a veros; pero tendré que hacerlo. La fortuna nos trata como si fuera menester la tristeza para permanecer unidos. Adiós, amiga mía. Escribidme, por favor, a través de Lanau. A propósito, no abuséis de la complacencia de vuestra hermana;¹ y no le habléis de vos y de mí a menos que no podáis contener vuestros sentimientos, o cuando ella os lo pida. Nuestros amigos, incluso los más sensibles, no pueden concederle a esto mucha importancia. Hace falta haber aprendido a escuchar y a compadecer a los amantes. Ella aún no lo sabe, ¡ojalá lo ignore siempre! Beso la sortija que habéis llevado.

Sábado por la mañana, 25 de mayo de 1759

He aquí, mi tierna y sólida amiga, la obra del gran sofista.² No la he leído. Aún no tengo la suficiente tranquilidad de ánimo para juzgarla con imparcialidad. Vale más demorar una acción que precipitarse y cometer una injusticia. Desconfiad vos también un poco de vuestro corazón, no sea que el descontento con la persona alcance también al autor. Escuchadlo como si yo no tuviera ningún agravio con él.

¿Se puede, pues, ser elocuente y sensible sin tener principios de honor, ni verdadera amistad, ni virtud, ni veracidad? Esta idea me repugna. Si ese hombre no tiene un sistema de depravación firmemente asentado en la cabeza, ¡cómo lo compadezco! Y si se ha fabricado nociones de justicia e injusticia que lo reconcilian con la negrura de su proceder, ¡cómo lo compadezco también! En el edificio moral, todo está imbricado. Es difícil que un hombre escriba continuamente paradojas y sea sencillo en sus costumbres. Miraos a vos misma, Sophie, y decidme por qué sois tan sincera, tan franca, tan veraz en vuestras palabras. Es porque estas mis-

¹ Madame Legendre.

² Jean-Jacques Rousseau, *Carta a D'Alembert sobre los espectáculos*.

mas cualidades son la base de vuestro carácter y la regla de vuestra conducta. Un hombre que siempre pensase y hablase mal y se comportase siempre bien sería un fenómeno ciertamente extraño. La perturbación de la cabeza influye en el corazón, y la perturbación del corazón en la cabeza. Procuremos, amiga mía, que en nuestra vida no haya mentiras. Cuanto más os estime, más os querré; cuanto más virtudes os muestre, más me amaréis. ¡Cómo temería al vicio, aunque mi Sophie fuera mi único juez!

He erigido en su corazón una estatua mía que no quisiera romper jamás. ¡Qué tormento para ella si me hiciera culpable de una acción que me envileciera a sus ojos! ¿No es cierto que me preferiríais muerto antes que malo? Amadme siempre, entonces, para que siempre tema al vicio. Seguid sosteniéndome en el camino de la bondad. ¡Qué dulce es abrir los brazos cuando es para recibir y estrechar en ellos a un hombre de bien! Esta idea es la que hace sagradas las caricias; ¿qué son las caricias de dos amantes cuando no pueden ser la expresión de la infinita estima en que se tienen? ¡Cuánta mezquindad y miseria en los arrebatos de los amantes vulgares! ¡Qué encanto, qué elevación y qué energía en nuestros abrazos! Venid, querida Sophie, venid. Siento arder mi corazón. Esa dulce emoción que os hace más hermosa está a punto de asomarse a vuestro rostro. Ya está ahí. ¡Ah, ojalá os tuviera a mi lado para gozar de ello! Si me vierais en este momento, ¡qué dichosa os sentiríais!, ¡cómo os agradecerían estos ojos que se llenan de lágrimas, estas miradas, toda esta fisonomía! ¿Y por qué se obstinan en ponerles trabas a dos seres cuya felicidad el cielo miraba complacido? No saben todo el daño que hacen; debemos perdonarlos.

No os veré esta mañana. No encontraría a Monsieur Petit en su casa, y en la mía me retiene Monsieur de Chimène. He pasado la noche leyendo su tragedia, de la cual he hecho un resumen para Grimm. Esta noche iré a ver la nueva comedia, también para él. ¡Qué tres almas bellas, la vuestra, la mía y la

suya! Si me faltara una de las otras dos, ¿quién colmaría ese vacío terrible? Vivid los dos, si no queréis que yo sea algún día la voz que clama en el desierto.

Estaré en la platea, hacia el fondo y en el centro; desde allí os buscarán mis ojos. Regresaré cuando termine la obra, o tal vez antes, para trasladar al papel mis ideas y trabajar para mi amigo.

Estaré mañana al mediodía donde me esperáis. Estaré sin falta. ¡Cuántos momentos dulces le sacrifico a vuestra madre! He meditado un poco sobre la repugnancia de vuestra hermana. ¿Es que no me estima lo suficiente como para verme encerrado en la misma caja¹ con ella? Pero no es eso, Sophie mía. Acaso teme que un día en que vos estéis, o en que vos ya no estéis, esa caja...

¿Tiene que impedir esa madre todas las cosas dulces e inocentes que proyectamos? Decidle a vuestra hermana que los dos retratos se pueden disponer como ella quiera; decidle que soy un hombre de bien, que nada me hará cambiar para con vos; decidle que tengo asegurada la mayor consideración en la memoria de los hombres; decidle que he alcanzado la edad en la que ya no se cambia de carácter; decidle cuánto me halagaría, y qué feliz seríais de tocar, de sentir, de mirarnos a ella y a mí, a mí y a ella. Hacedle imaginar el momento en que os separaréis; ella, para regresar a Châlons; vos, para volver a París.

Negaros su retrato es desprenderse del vuestro.

Señora, sopesadlo todo y no apenéis a vuestra hermana. Seguid los impulsos de vuestra alma; siempre os dará buen consejo. Me gusta que se tengan consideraciones delicadas. También me gusta que a veces se prescindiera de ellas... Basta con que en el futuro podamos decir: *Lo tuve en cuenta...* Es sorprendente que sea un celoso quien diga todo esto e insista.

¹ Una tabaquera que lleva retratos en la tapa.

¿Estoy desengañado? No lo sé. Sólo siento que deseo vivamente algo que me habría entristecido de haberse hecho sin mi consentimiento. Me habría entristecido mucho y lo deseo mucho; y es una complacencia que agradecería infinitamente a Madame Legendre, porque es la forma de obligaros que vos sin duda preferís.

Si vuestra hermana consiente en lo que le pedimos y nos tenéis a los dos, Sophie mía, cuidado. No la miréis con más cariño que a mí. No la beséis más a menudo. Si eso ocurre, lo sabré.

Adiós, amiga mía, hasta mañana. ¡Qué velada la de anoche! Estabais tan emocionada, tan tierna; y Mademoiselle Boileau tenía la gracia de un ángel. Estaba feliz por vuestra dicha y por el bien. Es propio de un alma encantadora.

10 de junio de 1759

Escribo sin ver nada.¹ He venido. Quería besaros la mano y marcharme. Me iré sin esa recompensa. Pero ¿no es suficiente recompensa haberos demostrado que os amo? Son las nueve. Os escribo que os amo; al menos ésa es mi intención; pero no sé si la pluma se presta a mis deseos. ¿No vendréis para que os lo diga y me vaya corriendo?

Adiós, Sophie mía, buenas noches. ¿No os dice vuestro corazón que estoy aquí? Es la primera vez que escribo en la oscuridad. Esta situación debería inspirarme cosas muy tiernas. Sólo siento una, y es que no puedo salir de aquí. Me retiene la esperanza de veros un instante, y continúo hablando con vos, sin saber si estoy trazando letras. Donde no haya nada, leed que os amo.

¹ En casa de Damilaville. La carta en la que Diderot le anunciaba a Sophie la muerte de su padre forma parte de las cinco o seis cartas que se han perdido, entre junio y julio de 1759.

15 de julio de 1759

He aquí la carta de Grimm. La he releído antes de enviáros-la. Imaginad lo que será de él cuando sepa que aquel que le decía, besándolo, hace unos meses: «Éste para mi hijo, éste para mi hija, éste para mi nieta» ha fallecido. Se durmió entre los brazos de dos de sus hijos, sin dolor, sin agonía y sin esfuerzo. Mi padre era un hombre de los que no se olvidan cuando se les ha conocido. Grimm se acordará con frecuencia de él y le llorará.

Vos haréis más dulce la idea que conservaré de él. No me abandonará ni siquiera junto a vos; pero, al fundirse lo que tiene de conmovedor y melancólico este recuerdo con las impresiones tiernas y voluptuosas que recibo de vos, resultará de esta mezcla de sentimientos un estado deliciosísimo. ¡Ay, si pudiera convertirse en costumbre! Se trata sólo de ser un buen amante y un buen hijo, un hombre muy agradecido y muy tierno, y creo que tengo esas dos cualidades. Ya no sentiría esa alegría bulliciosa. El alma solamente se abriría por intervalos; pero el rayo de alegría que dejaría escapar, parecido al rayo de luz que desciende del cielo en un día nuboso y cubierto, sería por ello justamente más brillante y de mayor efecto. El que tiene nuestra tristeza sobre los demás es bien curioso. ¿Os habéis fijado alguna vez en el silencio súbito de los pájaros cuando, en un día sereno, una nube se detiene encima de algún lugar del campo donde se escuchaban sus gorjeos? Un traje de luto en una reunión social es la nube que causa al pasar el silencio momentáneo de los pájaros. Pasa, y el canto recomienza...

¿Cómo estáis hoy? ¿Habéis dormido bien? ¿Dormís alguna vez como yo, con los brazos abiertos? ¡Qué tiernas ayer vuestras miradas! ¡Qué tiernas son desde hace algún tiempo! ¡Ay, mi Sophie, si hoy me amáis más es que no me amabais lo bastante! Si me habéis escrito unas letras, sabré cómo transcurrió el resto de la velada.

Pero leed la historia de ese abate de Prades. ¡Qué hombre tan abominable...! Por desgracia hay muchos como él. Bue-

nos días, dulce amiga. Os beso, ¡oh!, ¿verdad que os beso bien?, y me da el mismo placer... de siempre. No lo creerán, pero así será, digan lo que digan los proverbios, aunque sean de Salomón. Aquel hombre tenía demasiadas mujeres para comprender el alma de un hombre de bien que estima y quiere a una sola.

23 de julio de 1759

No puedo irme sin deciros unas palabras. Amiga mía, ¿es cierto, pues, que tenéis confianza en mí? Vuestra felicidad, vuestra vida, dependen de la constancia de mi amor. No temáis, Sophie mía. Mi amor será constante y vos viviréis, y viviréis feliz. Todavía no he cometido el crimen y no voy a cometerlo; lo soy todo para vos, vos lo sois todo para mí; soportaremos juntos las penas que la suerte quiera enviarnos. Vos aliviaréis las mías, yo aliviaré las vuestras. Ojalá pudiera veros siempre tal como sois desde hace unos meses; en cuanto a mí, tendréis que reconocer que soy como el primer día. No es que yo tenga mérito, es que os hago justicia. El efecto de las cualidades reales es hacerse notar más vivamente cada día. Confíad mi constancia en las vuestras y en mi discernimiento de ellas. Jamás pasión alguna estuvo más justificada por la razón que la mía. ¿No es cierto, Sophie mía, que merecéis ser amada? Mirad vuestro fuero interno. Contemplaos bien; ved cuán digna sois de amor y conoced cuánto os amo. He aquí la medida invariable de mis sentimientos.

Buenas noches, Sophie mía; me voy con la alegría más dulce y más pura que un hombre pueda sentir. Soy amado, y lo soy por la más digna de las mujeres. Estoy a sus pies; ése es mi lugar, y los beso.

En Langres, el 27 de julio de 1759

Os escribí desde Nogent, donde dormí el primer día. Salí de